

3º PREMIO DEL CONCURSO “CUENTAME UN CUENTO” 2008

LOS PÁJAROS AZULES DE PICO ROJO

Nacho vivía en las afueras de la ciudad, en un sitio tranquilo, sin demasiada gente, donde todos se conocían. Despertó, como cada mañana, al escuchar el sonido del mar y del viento que su cama emitía, a la vez que basculaba ligeramente para ayudarlo a levantarse. Estaba encantado con su “supercama”, era el regalo que su abuelo le había hecho el mes anterior, cuando cumplió ocho años. Pasó al cuarto de aseo y se dio una ducha rápida. Se colocó encima de la plataforma de secado y desinfección. El aire que salía de ella le hacía cosquillas. Estuvo así unos segundos, con los brazos extendidos en cruz, le gustaba esa sensación por las mañanas. A continuación, bajo corriendo por las escaleras para desayunar, su padre le había preparado tortitas con sabor a arándanos, su dulce preferido. Cuando terminó pasó al baño y enchufó el rayo positronico, abrió la boca y en un instante ésta quedó perfectamente limpia y desinfectada con un agradable sabor a chicle de limón. Cogió su portátil, se dispuso a despedirse de su madre y a escuchar los mismos consejos que todas las mañanas le repetía ¡Menuda tabarra! “Pórtate bien, no pelees, atiende en clase, no te ensucies demasiado...” Besó a su madre y salió corriendo al jardín. Entró en el coche y le dijo a su padre “ya estoy listo, podemos irnos”.

Nacho conocía de memoria lo que su madre le recitaba cada mañana, es más, si le hubieran hecho un examen sobre el tema habría sacado la nota máxima. Sólo había un problema. Él quería obedecer pero no siempre lo conseguía, por eso algunas noches cuando estaba en la cama, en su cabeza se colaban las cosas que no había hecho bien durante el día y entonces le costaba dormir un poco más que otras veces. Sabía de sobra que no había excusas para portarse mal, pero no siempre era culpa suya, al menos eso le parecía a Nacho. Por ejemplo, estaban los pájaros azules de pico rojo que todas las mañanas se empeñaban en posarse en el árbol que tenía cerca de la ventana de clase,

justo al lado de la mesa donde trabajaba y ¡claro! le distraían y no podía estar atento. Pero, desde luego, no era sólo culpa suya. Los dichosos pájaros tenían mucho que ver en lo de que Nacho no estuviera atento, parecía que le hablaban y le decían que pronto sería la hora de salir a jugar al patio.

Cuando esa mañana Nacho entró en el aula, Bruno y Gonzalo le esperaban emocionados, querían enseñarle el último juego que tenían en su consola. Los tres quedaron boquiabiertos cuando en el holograma vieron un robot que se dirigió a ellos para invitarlos a acompañarle en la aventura de construir un escudo antimeteoritos en el planeta Ariel.

Se vieron interrumpidos por la voz de la profesora que nada más entrar en la sala cerró la puerta y ordenó que ocupasen sus sillas “en absoluto silencio”. Con desgana, obedecieron ¡Qué remedio! ¡Menudo cómo se las gastaba la señorita Candelas! ¡Como para no obedecer! La “seño” accionó un mando y la pantalla TFT, que ocupaba la pared frontal del aula, se encendió a la vez que los cristales de las ventanas oscurecían. Una voz envolvente les informó de que ese día lo iban a dedicar a dar clase de historia.

Aquella voz explicó que hoy, 15 de mayo del 2080, se cumplía el 50 aniversario del día en que prohibieron circular a los coches en el planeta Tierra. La prohibición duró tres largos años y, en ese tiempo, el mundo tuvo que aprender a vivir de manera muy diferente. El Consejo Mundial de Seguridad se reunió en el año 2030 en China y, por unanimidad, se decidió que los coches no volvieran a utilizarse. A partir del 15 de mayo sólo podrían hacerlo los llamados “vehículos imprescindibles”, es decir, ambulancias, bomberos, policía, transporte público y camiones de mercancías. Tomaron esta medida tan dura porque las anteriores no habían servido prácticamente de nada. Cada día había más accidentes en las carreteras y más personas morían o quedaban con secuelas que les impedían llevar una vida plena. Los peatones y los coches no se respetaban, no obedecían las normas de circulación. Era imposible continuar así.

La restricción generó graves problemas pues la gente no sabía vivir sin coches. Les costaba llegar al trabajo, al colegio o al supermercado. El transporte público les parecía lento, insuficiente y poco eficaz. Se fueron complicando las cosas. Nadie quería vivir en el campo, lejos de las ciudades, pues temían no poder acceder a servicios que ellos creían indispensables. Casi nadie viajaba los fines de semana, ni tampoco en vacaciones, tenían la costumbre de llevar tantas cosas con ellos que, en el transporte público era imposible hacerlo con comodidad. Había lugares de difícil acceso a donde no llegaban autobuses ni trenes. Las tierras de donde obtenían los alimentos casi no se cultivaban, pues la gente prefería vivir en los grandes poblados. Las fábricas de coches, las gasolineras y los talleres de reparación se hundieron. La economía quebró y el mundo se hizo más lento y difícil. Nacho pensó “menudo lío que organizaron en China”.

Cuando terminaron las clases y salió del colegio, su madre, que lo esperaba dentro del coche, hizo sonar el claxon a modo de saludo. Durante el camino a casa fue pensando como sería su vida sin coches. Su madre le notó muy callado y, pasándole la mano por el cabello, le preguntó “¿estás bien? ¿Pasa algo?”. Nacho empezó a disparar preguntas “¿Cómo iría yo al cole si no tuviéramos coche? ¿Y a esquiar? ¿Cuánto tardaría en ir a casa de la abuela? ¿A cuántos Km. vive Gonzalo? ¡Hay un buen trecho!”. “¡Cálmate Nacho!”, dijo la madre, “imagino que por tus preguntas, hoy te habrán contado en clase lo que pasó cuando prohibieron los coches ¿no? También lo han comentado en la televisión”. Nacho seguía preguntando “¿y para ir a jugar al fútbol? Di ¿Cómo iría?”.

“Tranquilo”, hijo “te diré que yo no había nacido aún en esa época pero el abuelo Silvio sí y me lo contó muchas veces cuando era pequeña. Fue una época mala, la gente lo pasó mal pero sirvió para que reaccionaran. No tuvieron más remedio que trabajar todos juntos para solucionar el problema. Mira Nacho, cada uno tuvo que poner su granito de arena. Los gobiernos se encargaron de hacer más seguras las carreteras, mejor asfaltadas, con más visibilidad, con menos curvas y mejor señalizadas. Los que fabricaban coches

investigaron y se comprometieron a que salieran de fábrica con dispositivos electrónicos que no les dejaran aumentar la velocidad permitida en cada carretera. Se crearon leyes muy duras para los que no obedecían las normas y mucha gente fue a la cárcel. Para conseguir el permiso de conducir era imprescindible asistir un año entero a la autoescuela y fue obligatoria la asignatura de educación vial desde la guardería hasta la universidad. Cuando los gobiernos consideraron que la gente estaba preparada volvieron a permitir la circulación de coches privados. Por fin, las cosas fueron a mejor y los accidentes descendieron hasta un 99%. Los hombres tomaron conciencia de lo que era conducir responsablemente. Aprendieron que debían estar alerta pues si las cosas no funcionaban volvería la prohibición. Incluso ahora, no se descarta que los gobiernos tomen medidas parecidas si volvieran a aumentar los accidentes”.

Nacho escuchaba atentamente a su madre. Algo le había contado de esto el abuelo pero no había prestado demasiada atención, le parecían “batallitas”. Cuando por fin llegó a casa, lo primero que hizo fue correr a la galería acristalada desde la que se veía el jardín virtual. Allí estaba el abuelo dormitando como cada tarde. A los dos les encantaba contemplar los pájaros y oler las rosas, que parecían reales. Allí jugaban al ajedrez y, allí, charlaban todos los días. “¡Hola abuelito!”, dijo Nacho. “¡Hola!”, respondió el abuelo, “¿qué tal el cole? ¿Qué has aprendido hoy? ¿Te has divertido?”. Todas las tardes le preguntaba lo mismo.

Nacho se apresuró a contestar que había aprendido que a partir de ese día y, sobre todo, cuando estuviera en clase de educación vial iba a espantar a los pájaros azules de pico rojo pues no quería distraerse ni un segundo, no fuera a ser que se volviera a repetir la historia de China. Cuando el abuelo intentaba averiguar a qué se refería, Nacho ya corría hacia la cocina a prepararse la merienda. ¡Menudo día! Con tanto pensar le había entrado un hambre feroz.

ANGELINES OLEA. VALLADOLID